LOS HORRORES DEL CASTILLO MAGSON

por Carlos Sáiz Cidoncha

autor de «SECUESTRO AEREO», «EL DEMONIO DE LA ANTARTIDA», «PANICO EN EL OBSERVATORIO», «LA CALLE LARGA», «EL HECHICERO» y «LAGRIMAS VERDES DE LENG»»

Ciertamente, ahora que todo ha pasado y que sólo mi amigo Patterson y yo sabemos lo que en realidad ocurrió en aquellos días de locura, no puedo ni siquiera imaginar mi estado de ánimo anterior a los hechos, mi estado de ánimo en los días en que Magson me parecía un pueblo aburrido y todo mi ser ansiaba acción y aventura.

En realidad ni yo mismo puedo ahora desmentir el hecho de que Magson, el pequeño pueblo perdido en los verdes y montañosos Highlands fuera un lugar apacible y ajeno a las conmociones de todo tipo que sacudían en el mundo. Hasta que «la cosa» se manifestó, y entonces yo mismo tuve ocasión de tener toda la acción y toda la aventura que deseaba. Y mucha más acción y aventura de la que nunca pudiera haber deseado. Verdaderamente mucha más.

Desde entonces amo la apacibilidad. Desde que he comprobado con todo mi ser y mi conciencia los horrores que pueden brotar súbitamente en un mundo que pensamos sensato y suponemos sujeto a unas leyes descubiertas y medidas por el hombre... desde entonces prefiero la apacibilidad.

Mas debo comenzar por presentarme. Mi nombre es Carson, Philip Carson, nacido en uno de los barrios más tradicionales y respetables de viejo Londres. Y alguno de mis mejores amigos quizás añadirían a mi nombre la palabra «escritor». Pensando precisamente en escribir un libro fue como llegué al pueblo escocés de Magson, una localidad perdida en las montañas del Norte, allí donde se conservan ciertas leyendas y tradiciones que eran ya viejas cuando Guillermo el Conquistador puso su pie en las suaves playas de la Gran Bretaña. Quise recoger todo aquel material en la que confiaba sería mi obra maestra y para ello logré utilizar mi título de periodista para entrar en el orgulloso local, nada menos que un periódico propio de Magson, cuyo nombre llevaba, para que no hubiera lugar a ninguna duda, el «Magson Observer».

Se trataba en realidad del capricho de un excéntrico local, un tal Mr. Dillingham, enamorado del pueblo que le vio nacer y que había ideado lo del periódico para darle el honor y la fama que a su juicio merecía, gastando sus buenas libras en el proyecto. A las órdenes de Mr. Dillingham trabajábamos el viejo cajista, escocés de pura cepa, apellidado nada menos que McGegor, y yo mismo, redactor jefe y reportero en una pieza. El sueldo convenía a mi subsistencia y el trabajo dejaba libre el tiempo que necesitaba para escribir el original de mi libro.

Samuel Patterson era el jefe de policía local, con el que pronto simpaticé. En broma me prometía siempre avisarme en el caso de que algún crimen ocurriera en

Magson y sus proximidades, dándome así ocasión de adornar el «Magson Observer» con un artículo sensacionalista. ¿Quién, por todos los diablos, hubiera llegado a pensar...?

Pero de nuevo me anticipo a los acontecimientos. En la época en que me refiero no había crimen ni posibilidad de él en muchas leguas a la redonda. ¿Quién hubiera pensado en quitar la vida al prójimo bajo el luminoso cielo de la vieja Escocia? Todo el trabajo de Patterson se reducía a poner paz en alguna pelea a puñetazos entre granjeros, encerrar por una noche a algún bala perdida local demasiado sensible a los efectos del whisky... quizá vigilar el paso de algún vagabundo, uno de esos simpáticos y amables vagabundos británicos cuya idea de la propiedad privada suele ser bastante peculiar y acomodaticia... Por eso la idea de un crimen no podía dar lugar sino a bromas y a amistosos brindis en la taberna del pueblo, llamada ostentosamente «El Dragón Dorado».

Nadie podrá reprocharme, pues, que al principio no tomara en serio lo que Patterson me comunicó, muy excitado, a través del viejo teléfono local, en la mañana de uno de aquellos tranquilos días.

–¡Phil! ¿Eres tú? Prepárate, tengo un crimen para ti.

–¿Sí? –fingí asombrarme–. ¿Al fin te has decidido a liquidar a tu mujer?

Pero la voz que salía del auricular era demasiado seria.

–Esta vez no te hablo en broma, Phil. Te espero a la salida del pueblo, si es que quieres venir conmigo. Han matado a «laird» Campbell.

¡«Laird» Campbell! En un segundo dejé de considerar aquello como una broma. Patterson no bromearía acerca de «laird» Campbell, como tampoco lo haría ningún habitante de Magson.

«Laird» Campbell era la celebridad de la región. Un gran noble escocés, perteneciente a uno de los más viejos clanes y poseedor de grandes, aunque indeterminadas riquezas. Habitaba en el viejo castillo de sus antepasados, con su esposa y seis servidores, y todas sus tierras del pueblo al río eran de su propiedad. Raro era en el pueblo quien no había prestado servicio en una u otra ocasión al viejo aristócrata. «Laird» Campbell... muerto. Aquello causaría sensación en todo el Highland.

Me di cuenta de que conservaba en la mano un auricular silencioso. Patterson había colgado, y yo estaba a punto de dejar pasar el reportaje de mi vida. Agarré al paso mi cámara fotográfica y salí a toda prisa hacia el lugar donde mi amigo me había citado.

Si he visto alguna vez en mi vida un rostro sombrío, éste era el de Patterson aquella mañana. Antes de que llegara a su altura empezá a andar por el camino que llevaba al castillo, por lo que hube de apretar el paso para alcanzarle.

–¿Quién ha sido? –fue lo primero que se me ocurrió preguntar.

Patterson me dirigió una mirada extraña.

–Eso es lo que tengo que averiguar. Escucha, Phil, esto es algo que jamás, jamás, había ocurrido por estas tierras, y que nadie tenía la menor sospecha de que iba a ocurrir. Se trata, al parecer, de un crimen ritual.

–¿Un crimen ritual?

En mi mente se formó la imagen desagradable de un sujeto barbudo y de ojos brillantes, rodeado de un grupo de muchachas jóvenes armadas con cuchillos y navajas. Horror y muerte sobre un pacífico «chalet»... allá en América, al otro lado del mar.

–Eso es lo que parece, según me ha contado el granjero Dewitt... y temblaba mientras me lo describía. Escúchame, Phil, han matado al «laird» y a sus seis

criados en unas circunstancias que... –y se interrumpió como si no se atreviese a seguir.
–¿Y «lady» Campbell? –pregunté impresionado.
–Escapó a la matanza, no se sabe cómo. Pero ha enloquecido y no puede decir nada sensato, si lo que me dijo Dewitt es cierto. Lo que presenció la volvió completamente loca.
Los verdes campos a nuestro alrededor lucían aún con el rocío matutino y los pájaros gorjeaban alegremente sobre los árboles. Aquella historia de horrores y sangre parecía lejana, completamente ajena a la realidad. Y sin embargo...
–Escucha, Sam –me dirigí a mi amigo con inquietud–, ¿quieres decir que una pandilla de fanáticos asesinos anda suelta por aquí, dispuesta a caer sobre cualquiera de nosotros?
Patterson hizo un rápido gesto y me mostró la culata del revólver que sobresalía de su cinto.
–No voy desprevenido –gruñó–. Esos fanáticos asesinos harán bien en no acercarse a nosotros. Después de lo que han hecho no dudaría en meter a cada uno una bala en al cabeza.
–Pero, ¿y el pueblo? ¿Y los granjeros?
Patterson continuó su marcha, inexorable como una fuerza de la naturaleza.
–McDougal habrá avisado ya a todos los del pueblo. Los granjeros ya saben lo sucedido y habrán tomado sus medidas. Los «highlanders» son un pueblo tranquilo, pero de ninguna manera blando. Si una banda de extranjeros ha acampado por aquí cerca, no te quepa duda de que no tardarán en ser descubiertos, y que el diablo se apiade de sus malditas almas, si no soy yo quien los descubre.
No pude menos de asentir para mí mismo. Conocía a los granjeros de la región y también conocía cómo todos apreciaban al «laird».
Ya el castillo se alzaba ante nosotros, enorme y oscuro en el flanco de la montaña. Las torres se destacaban contra el cielo como ciclópeos centinelas que defendieran a los dueños de la mansión, centinelas que no habían sido capaces, sin embargo, de detener a la Muerte cuando ésta llamó en el gran portón.
Al contemplar la antigua fortaleza algo que no era el fresco aire de la mañana me provocó un escalofrío. A mi mente acudieron las estrofas del viejo poema:

«A media asta flamean las banderas
del castillo, en que el «laird» ha muerto ayer...»

Pero el «laird» señor de la fortaleza no había caído en una guerra noble, marchando al frente de los clanes al son de gaitas y conamusas. No, había perecido asaltado en su propia morada por una turba de asesinos ignorados, quizá sin poder intentar un gesto de defensa, acorralado tal vez entre las viejas armaduras de otras épocas cuyas armas no tuvo tiempo de esgrimir.
El rápido paso de Patterson, que yo seguía a duras penas, nos condujo directamente al portón, una de cuyas hojas estaba abierta. Ante él había un grupo de ceñudos granjeros, armados de escopetas y algunas armas blancas. Uno de ellos salió a nuestro encuentro.
–Hola, Bill –saludó Patterson–. ¿Ha entrado alguien en el castillo?
–No desde que Dewitt los descubrió –respondió el granjero–. Ni nadie ha podido salir tampoco.
Las implicaciones de esta última frase lograron erizarme los cabellos. Pero mi

amigo se limitó a asentir gravemente.
–Bien, no creo que el asesino o los asesinos hayan quedado dentro, pero nunca se sabe –y empuñó el grueso revólver. Sígueme con dos hombres, Bill, y que el resto vigile todas las salidas.
Nada me había dicho a mí, pero me di por invitado. Cruzamos el portal y después una serie de amplias estancias provistas de muebles sólidos y antiguos. Finalmente, el granjero Bill hizo un gesto.
–Allí.
Patterson dio un paso al frente y luego se detuvo, como paralizado por un invisible fluido.
–Dios mío –susurró.
Al principio no pude darme cuenta de lo que motivaba esta exclamación. Ante mi amigo había algo que a primera vista hubiera podido tomarse por un montón de polvo o basura desparramado por el suelo. Pero cuando advertí de repente que aquel polvo era rojo y me hice una idea de su verdadera naturaleza, mis pies me llevaron hacia atrás en un salto repentino, mientras mi estómago se retorcía horriblemente.
–¿Pero... pero... cómo? –fue todo lo que logré articular.
Patterson me impuso silencio con un gesto.
–¿Es «laird» Campbell? –preguntó simplemente.
El granjero asintió.
–Era «laird» Campbell –corrigió, sin ironía ninguna–. Ahí puede ver usted los restos de su cabeza... con las muelas de oro.
Yo no quise mirar. Tenía suficiente con lo que había visto a la primera ojeada.
–¿Y los sirvientes? –preguntó Patterson. Su voz era ronca y extraña, con una tonalidad que nunca antes de había oído.
–Un poco más allá –Bill parecía el más tranquilo del grupo, aunque tampoco su voz era normal del todo–. Debieron acudir corriendo al oír los gritos... y lo que fuera les agarró uno a uno. Quizás a su muerte debió «lady» Campbell su posibilidad de escapar.
Patterson avanzó hacia la puerta del fondo, seguido por los granjeros. Pero yo no pude imitarles. Retrocedí cada vez más aprisa y al fin di media vuelta y corrí hasta la puerta principal del castillo, hasta la luz y el aire puro del exterior. Los granjeros que habían quedado fuera me miraron con curiosidad y yo permanecí junto a ellos, sin decir una palabra, hasta que Patterson y los demás salieron del edificio. El rostro de mi amigo estaba espantosamente pálido.
–Bien, desde el pueblo he telegrafiado a la capital antes de salir para aquí. No creo que haya nadie oculto en el castillo, ya que tiempo han tenido los asesinos de huir. Dejemos todo como está y vayamos a ver a «lady» Campbell.
–Está en mi granja –dijo Bill–. Las mujeres cuidan de ella, pero la pobre está completamente loca.
–No es para menos –comentó uno de los granjeros que habían entrado en el castillo.
Estuve por completo de acuerdo con él.
Ya Patterson marchaba en cabeza del grupo, acompañado de Bill y seguido por el resto. Rápidamente me puse a su altura.
–Oye Sam –le dije–. ¿Tienes alguna idea...?
–No, no tengo ninguna idea.
Aunque no hubiera querido mencionar aquello (oh, no hubiera querido mencionarlo en todo lo que me restaba de vida), no pude menos que estallar:

–¿Pero qué gente... con qué armas? ¿Cómo han podido hacer picadillo a siete personas en el curso de una noche... ¡Hacerles literalmente picadillo, uno tras otro...! ¿Cuántos hombres se necesitan para un trabajo como ése?

–No eran hombres –intervino Bill–. Eran fieras.

–O quizá algo todavía peor –dijo otro granjero–. Algo mucho peor.

Pero ya llegábamos a la granja de Bill. El granjero Dewitt había regresado del pueblo, donde fue a avisar a Patterson, y nos aguardaba junto a la puerta.

–¿Cómo van las cosas en el pueblo? –le preguntó Patterson.

–Mal –respondió el granjero–. La gente está asustada, aunque ni siquiera sospecha con lo que tiene que enfrentarse.

–¿Es que tú lo sabes? –se revolvió Patterson, molesto.

Dewitt dio por callada la respuesta.

Cuando penetrábamos en la granja, no pude dejar de interrogar a Patterson acerca de las reticencias de Dewitt, pero mi amigo no pareció darle gran importancia al asunto.

–¡Bah!, estos granjeros están llenos de supersticiones –rezongó–. ¡Sabe Dios qué cuentos habrán ya inventado!

Dentro de la granja murmuraban varias mujeres. Una de ellas saludó brevemente a Patterson, indicándole una de las habitaciones.

–Está allí –dijo–. Pero no puede decir nada, sólo delira.

En efecto, la desdichada «lady» Campbell había perdido la razón de eso no cabía la menor duda. Cuando entramos en la habitación, no nos dirigió ni una mirada. Sus ojos estaban fijos en el muro del fondo y sus labios se movían de vez en cuando, como rezando.

–¿Qué es lo que dice? –preguntó Patterson, acercándose a ella. Las dos mujeres que se hallaban en la habitación con la demente se encogieron de hombros.

Pero cuando me acerqué a mi vez a ella, advertí que el bisbeó se limitaba a repetir una pregunta, una y otra vez.

–¿Cuántos escalones quedan? ¡Oh, Dios mío! ¿Cuántos escalones quedan?

Patterson y yo nos miramos perplejos. Mi amigo tomó en su mano el hombro de «lady» Campbell.

–¡Por favor «milady»! –exclamó, suavemente pero con voz firme–. Despierte. ¿No me conoce? Soy Samuel Patterson, el jefe de policía de Magson.

–¿Cuántos escalones quedan? ¿Cuántos escalones quedan? –bisbeó de nuevo la dama.

–¡Por Dios, «lady» Campbell! –alzó la voz Patterson–. ¿Qué quiere decir con eso? ¡Debe ayudarnos!

–¡Oh, Dios mío! –respondió la infortunada– ¿Cuántos escalones quedan? ¿Cuántos escalones quedan?

Exasperado, Patterson hizo girar levemente a «lady» Campbell. El resultado fue atroz, pues la dama desorbitó súbitamente los ojos y gritó con todas sus fuerzas:

–¿¿¿CUANTOS ESCALONES QUEDAN??? ¿¿¿CUANTOS ESCALONES QUEDAN???

Las mujeres corrieron a sujetarla, mientras yo me enfrentaba con mi amigo.

–¡Calma Sam! –le grité–. Así no conseguirás nada. Esa mujer ha perdido la razón, y no somos nosotros los más indicados para tratar con ella. Debemos hacer venir a un psiquiatra, a un...

–¡Escucha!

Todos nos volvimos como impulsados por un resorte. Era «lady» Campbell quien había hablado. Ahora su expresión parecía casi normal, si bien levemente

intrigada. Inconscientemente todos afinamos el oído, como esperando oír algún ruido imperceptible.
–Escucha –repitió la dama–. ¿No oyes como un rumor de ropas moviéndose? Parece como si...
Y en aquel mismo momento, para susto de todos los presentes, «lady» Campbell lanzó el alarido más espeluznante que nadie pueda imaginar, retorciendo su rostro en una horrible mueca de espanto. Tras de lo cual se desplomó en brazos de las dos mujeres, desmayada.
–¡Maldición de todos los diablos! –gritó Patterson–. Si no salimos de aquí acabaremos todos locos. Organizaremos una batida, no dejaremos rincón de la región pro registrar. ¡Esos sádicos asesinos deben ser cazados como bestias salvajes!
Fuera de la casa, todos los granjeros estaban reunidos, con una extraña expresión en los rostros. Sus miradas estaban fijas en el castillo.
Patterson se alejó de ellos con un bufido. Pero yo quise saber algo más acerca de aquellas supersticiones de que mi amigo me hablara.
–¿Cómo creen ustedes que los asesinos lograron entrar en el castillo? –pregunté como al descuido.
Dewitt se volvió hacia mí. Había pánico en sus ojos.
–Nunca entraron al castillo –murmuró–. Lo que mató al «laird» Campbell procedía del mismo castillo.
–Han sido rotas las cadenas que le sujetaban –intervino Bill–. Lo que mató al «laird» abandonará el castillo y seguirá matando.
De nuevo sentí un escalofrío. Aquellos hombres parecían saber muy bien de qué estaban hablando.
–Pero ¿qué es lo que fue? –pregunté una vez más–. En nombre de Dios, díganmelo.
–Era la señora de la comarca –la voz de Bill se oía monocorde, como si algún otro ser hablara por sus labios–. Era rica, bella y poderosa, y todo lo que había a la vista de su castillo le pertenecía.
–¿Pero quien era ella? –pregunté.
Los granjeros no parecían haberme oído.
–Murió su esposo, el gran «laird» –continuó Bill–. Un rayo del cielo le fulminó cuando cazaba en la montaña.
–Ella quedó sola y entonces buscó galán que calentara su cama –intervino Dewitt, tan impasible como su compañero.
–Pero el galán al que hizo compartir su lecho tenía cuernos y rabo –continuó un tercer granjero, en l mismo tono de voz–. Y unas grandes alas de murciélago en la espalda.
Sentí el invisible aleteo de algo inmaterial, allá, en la soleada mañana de un día risueño y cálido. La conseja había empezado y cada hombre representaba su papel relatando la parte prevista para él, como en un antiguo rito.
–Aquel que calentaba la cama de ella, le dio junto con el placer, todo el poder que ella ambicionaba –salmodió otro granjero.
–Pero el poder del Bien hubo de derrotar a las fuerzas de las tinieblas.
–Y ella hubo de subir los escalones que conducían a la pira, entre el clamor de las gentes del Highland.
–Mientras la llama consumía su cuerpo, ella echaba espumarajos por la boca, y vociferaba terribles blasfemias y maldiciones.
Hubo una pausa y por un momento creía terminado aquel absurdo y

fragmentario relato. Pero fue Dewitt quien le puso punto final, con su último e inquietante fragmento.

–Y en el mismo momento de la muerte, ella habló de esta manera: «No quedará sin venganza esta muerte que me dais. Aquel que acecha en la oscuridad y cuyo nombre teméis, tiene la paciencia de los siglos , y sabe que algún día le será abierto paso hacia el exterior. Y entonces llegarán las noches de terror, pues él os hará rechinar los dientes y temblar con todos los miembros de vuestro cuerpo. Serán noches en las que la muerte cabalgará por esta región del Highland que yo maldigo». Tras de lo cual la llama la abrasó y con la última blasfemia, su alma partió a reunirse con el amante de los abismos al que antes entregara su cuerpo.

Apagóse la última palabra, y entonces las miradas de todos los granjeros se posaron en mí. Miradas no muy firmes, vacilantes, como si los hombres acabaran de despertar de un mal sueño.

–¿Pero quién era ella? –pregunté nuevamente.

Bill suspiró.

–Los hombres de la llanura n creen en la vieja sabiduría del Highland. Pero nosotros sabemos que ella existió, y que su maldición perduró durante cinco siglos en el castillo hasta que la noche pasada alguien tuvo la osadía de despertarla.

«¿Quién era ella?» La infernal, la maldita «lady» Farlight, que luego sería conocida como la Bruja de Magson.

* * *

Llegaron numerosos policías de la ciudad y se hicieron registros por toda la comarca. Nada se halló, ni campamento de satanistas, ni huellas de que hubiera habido alguno en las proximidades. Se interrogó a los granjeros, que se negaron a cooperar con aquellos «forasteros». Una y otra vez se exploró el castillo, sin encontrar huella alguna que explicara los brutales crímenes. Los médicos forenses se horrorizaron ante el espantoso amasijo de los cadáveres, que parecían triturados por una gigantesca máquina de picar carne. Algo encontraron o hallaron en falta en aquellos montones de materia orgánica, pero ninguno quiso hablar de ello, ni aún en sus informes, quizá por temor a ser tenidos de locos.

Loca por completo estaba «lady» Campbell y ningún psiquiatra pudo sacar la menor conclusión de sus delirios. Hablaba sin cesar de aquellos misteriosos escalones y todo intento por traerla a la razón se resolvía en verdaderas crisis de pánico.

El «Magson Observer» conoció un período de inconcebible auge, aumentando su antes pequeña tirada considerablemente. Se habló del crimen en toda la nación, incluso en el extranjero. Se hicieron mil cábalas y se formularon mil teorías.

Y luego las aguas volvieron a su cauce. Uno tras otro fuéronse retirando los policías forasteros hasta que tan sólo Patterson quedó en el escenario de los hechos. Dióse como resultado de la encuesta el de «asesinados por persona o personas desconocidas» y sin duda la carpeta correspondiente pasó al olvidado archivo de casos no resueltos. El «Magson Observer» volvió tras aquello a su minúscula tirada habitual.

Pero hubo algo que no volvió a la forma de ser anterior al hecho. En las noches oscuras sin luna, muchos eran los fuegos que brillaban en la montaña. Los granjeros sabían o creían saber que aquello a lo que temían, temía a su vez la luz, y jamás dejaban las granjas huérfanas de iluminación. Hablábase de extrañas presencias que acechaban en la noche, justamente más allá del círculo iluminado

por las hogueras, de ruidos misteriosos en la oscuridad y siniestros roces contra las paredes de las viviendas. Nada se materializó, sin embargo, pero no por ello dejaban los granjeros de cuchichear su nerviosismo a todas horas. El nefando nombre de «lady» Farlight se susurraba de boca en boca, sin ánimo de pronunciarlo en voz alta y atraer quizá sobre el imprudente el embate de los tenebrosos seres que la servían.

¡La Bruja de Magson! Un nombre nuevo para mí, que había estudiado las más extrañas leyendas del Highland. ¿Cuántas infelices mujeres no habían sido incineradas como brujas en el curso de la ignorante Edad Media? Algunas de las víctimas, locas de miedo y dolor, habían incluso invocado en su desvaría el nombre de Satán, dando nuevas armas a los perseguidores. ¿Qué podía tener el caso de «lady» Farliht que no tuvieran los cientos de suplicios similares registrados en los anales de la época?

Y, sin embargo, los hombres de la montaña seguían prendiendo sus hogueras en la noche y entre los habitantes del pueblo corrían extraños rumores.

Así pues, cuando el horror se hizo tangible, quizá Patterson y yo fuimos los más sorprendidos, mientras que para muchos de los habitantes del lugar el estallido no fue completamente inesperado.

*** * ***

Ocurrió una noche más tenebrosa de lo ordinario, una noche en la que los negros nubarrones habían ocultado la luna y la oscuridad reinaba sobre toda la comarca. Terribles gritos oyéronse en la montaña y después llegaron los hombres, granjeros empavorecidos con antorchas en las manos, golpeando en las puertas y llamando a gritos a Patterson.

–¡Arriba! ¡En la montaña! ¡En la montaña...!

Conseguí salir a la calle cuando ya Patterson discutía con los recién llegados. Lo poco que oí me hizo buscar la escopeta de Mr. Dillingham, una enorme y vieja arma que, cargada con postas, podía destrozar por completo a un ser humano de un solo disparo. Logré su préstamo sin dificultad, pues ni el dirtector del «Magson Observer» ni ninguno de sus conciudadanos se atrevió a salir del pueblo aquella noche.

Patterson y yo recorrimos el ya conocido camino, iluminados por la cambiante luz de las antorchas que nos escoltaban y con el círculo luminoso de la poderosa linterna que mi amigo empuñaba precediéndonos en la oscuridad. Patterson empuñaba su revólver y yo esgrimía la terrible escopeta, mas nada se opuso en nuestro camino.

Al fin encontramos el cuerpo, mejor dicho aquello que había sido un cuerpo. El trasgo desconocido había golpeado una vez más y el desdichado Angus McClancey había sido la víctima.

–Su hoguera se apagó y nadie pudo encenderla de nuevo –explicó Bill con la voz terriblemente alterada–. Cuando le oímos gritar acudimos en su ayuda. Esto fue lo que encontramos.

–¡Ha vuelto al castillo! –gritó otro granjero–. Ha saciado su sed de sangre y después ha vuelto al castillo.

–¡Pues en el castillo le buscaremos! –exclamó Patterson, furioso–. Si esa bestia asesina se esconde en el castillo, allí deberemos buscarla.

–No de noche –dijo Dewitt, con firmeza–. Las tinieblas son su hogar, sea lo que fuere aquello que nos ataca.

–Ni de noche ni de día –intervino Bill–. Sólo el diablo sabe donde se oculta la bestia. Yo no subiré a ese castillo a ninguna hora. Puede que la muerta descienda a por mí, pero yo no ascenderé en busca de la muerte.
Todos los granjeros asintieron a sus palabras, incluido el propio Dewitt.
–¿Pero qué es? –pregunté desesperadamente–. ¿Es un animal?
En mi fuero interno sabía que ningún animal sería capaz de matar a una persona de aquel modo.
La voz de Bill temblaba al responderme.
–No sabemos lo que es, pero sí que no es ni hombre ni bestia. No es nada de este mundo, y sin embargo actúa y mata en él. Ha sido conjurado para vengar la muerte de la Bruja de Magson.
–¡Pues acabaremos con él, sea lo que sea! –rugió Patterson–. Subiré al castillo y por Cristo vivo que le haré pedazos.
–No esta noche –repitió Dewitt. Y había tal fuerza en su voz que incluso el poderoso Patterson decidió esperar al amanecer.
Aguardamas pues, entre los chisporroteos de las antorchas y el bramido ígneo de las hogueras incesantemente alimentadas. Los granjeros rezaban.
Finalmente la mañana trajo algo de tranquilidad. Una tras otra se apagaron las hogueras y los granjeros parecieron dominar sus temores nocturnos, si bien ninguno de ellos se ofreció para acompañarrnos al castillo. Velaban a lo que había sido su compañero en el momento en que Patterson y yo iniciábamos la marcha hacia el siniestro edificio.
–No encontraremos nada –repetía Patterson como queriendo convencerse a sí mismo–. Quizá los asesinos han vuelto al lugar de su crimen y han actuado de nuevo, pero su escondite estará en el bosque, y no allá arriba. Ya la vez pasada registramos a fondo el castillo y nada hallamos en él...
Yo no podía obligarme a responderle. Todo mi esfuerzo estaba dedicado a impedir que el cañón de la escopeta temblara. Debía confiar en ella, en el chorro de estruendosa destrucción que brotaría de sus cañones a un simple movimiento de mi índice. Debía confiar en ello...
El castillo había sido cerrado tras el suceso anterior, pero Patterson llevaba consigo la llave. Abrió el portón y entonces nos encontramos con la primera sorpresa.
Alguien había entrado en el primero de los salones después de cerrado el edificio. Negros cortinajes habían sido colocados contra los ventanales, negando el paso a la luz. Con un juramento, Patterson encendió la linterna... y en el mismo instante ambos quedamos helados justo en el umbral del edificio.
Porque, allá dentro, algo se había movido. En las tinieblas a las que no llegaba la luz de la linterna, algo había rebullido y, acto seguido, un seco ruido de piedra contra piedra había brotado de la oscuridad, inconfundible.
Ahora sí no cabía ninguna duda. No estábamos solos en el castillo del difunto «laird» Campbell. Debíamos estarlo, pero sin embargo no lo estábamos.
Ignoro cuanto tiempo nos mantuvimos paralizados en el umbral de la puerta, mirándonos el uno al otro y aguzando el oído en busca de cualquier otro rumor. Finalmente Patterson me hizo una seña.
–Ha sido en el segundo salón –murmuró–. Vamos.
Antes de ponerme en marcha recogía y encendí una lámpara de petróleo que estaba sobre una mesa. Algo me decía que aquella habría de ser la verdadera protección, y no la escopeta que empuñaba con la mano derecha. Patterson debió pensar algo por el estilo, pues oprimió el conmutador de la luz eléctrica con que el

castillo estaba dotada. Las luces no se encendieron.
–Ciertamente odia la luz –murmuró mi amigo. Y dio toda la potencia posible a su moderna linterna.
El segundo salón también estaba sumido en tinieblas, bien tapadas todas sus ventanas por nuevas cortinas de color negro. Patterson avanzó hacia una adornada chimenea situada en un rincón.
–Es curioso –dijo–. Mira esto.
Cerca de la repisa había un bajo relieve de piedra, incluyendo dos círculos que sobresalían del fondo. Uno de ellos estaba ligeramente hundido con respecto a su vecino. El otro aparecía cubierto de una extraña materia semilíquida punteada de burbujas irisadas.
Patterson tocó con el dedo aquel fluido misterioso, sin que nada ocurriera. Luego apretó con firmeza, y el círculo se hundió hacia adentro, alcanzando el nivel de su compañero.
No pude evitar un grito. Allá en la pared frontera, un bloque entero de piedra se hundía lentamente con un leve chirrido, dejando tras él un espacio suficiente para permitir la entrada de un hombre.
–¡Cierra eso, Sam! –grité–. ¡Ciérralo, por amor de Dios!
Mi amigo trasteaba febrilmente en los círculos de piedra. Con toda la rapidez de que fui capaz agarré la linterna, que él dejara sobre la repisa y la enfoqué contra el orificio de la pared, pensando en mantener con ello a raya a cualquier cosa que pudiera brotar por allí.
Pero el bloque de piedra habíase detenido en su camino, y ahora empezaba a avanzar de nuevo, llenando el orificio. Llegó finalmente al nivel del muro y entonces ambos pudimos escuchar el mismo chasquido de piedra contra piedra que antes oyéramos desde la puerta.
Patterson continuaba hurgando en el motivo ornamental de la chimenea.
–Creo que ya lo tengo –dijo por fin–. Para abrir el pasadizo basta apretar el primer círculo de piedra hacia adentro. Si se desea cerrarlo basta empujarlo un poco lateralmente y él mismo salta hasta su posición primitiva, cerrándose entonces el pasadizo.
Transfirió entonces su atención al segundo círculo, el que estaba algo hundido con respecto a su compañero. Le apretó en un lado, y el círculo saltó hacia afuera hasta igualarse con su compañero.
–Esta debe ser la solución –dij Patterson–. Ahora, como ves, aprieto con todas mis fuerzas el primer círculo y no logro hundirlo, ni desde luego abrir el pasadizo. En mi opinión el segundo círculo es una especie de seguro que mantiene cerrado el pasadizo desde fuera. Si se hunde, entonces el pasadizo puede ser abierto desde aquí por medio del primer círculo y, sin duda, desde dentro por algún otro dispositivo similar. Este segundo círculo fue lo que mantuvo sellado al pasadizo durante cinco siglos.
–¿Entonces...? –pregunté, empezando a comprender.
–El difunto «laird» oprimió el segundo círculo sin saberlo, y con ello abrió el camino de... de lo que quiera que estuviera dentro. Quizás incluso penetró en el pasadizo él mismo, tras haber oprimido también el primer círculo, o quizá la salida fue abierta desde dentro. El resultado fue la muerte del «laird» y de sus sirvientes y la locura de «lady» Campbell.
–Luego eso quiere decir –continué su razonamiento– que ahora mismo, al quedar saliente el segundo círculo... la bestia del pasadizo queda encerrada dentro para siempre.

Pero Patterson meneó la cabeza negativamente.
–No basta con eso, Phil –dijo–. Tenemos que destruirla. Su sola existencia representa un espantoso peligro para la Humanidad. Más pronto o más tarde alguien volvería a descubrir el secreto de los círculos y abriría de nuevo el camino a... «la cosa». Debemos entrar y destruirla. ¿Estás dispuesto?
Tragué saliva y sentí como mi corazón latía fuertemente en el pecho.
–¡Te sigo! –exclamé, asiendo con fuerza la lámpara de petróleo y la escopeta.
–Bien. ¡Atención al pasadizo!
Hundió uno tras otro los dos círculos y la negra boca del pasadizo apareció de nuevo al deslizarse el bloque de piedra hacia atrás, hundiéndose en el muro. Antes de que terminara el movimiento, ambos estábamos frente al orificio, Patterson enfocando la linterna al interior y yo manteniendo en alto la lámpara.
–El mecanismo debe de ser hidráulico, conectado con el río –comentó Patterson–. De otro modo no se habría mantenido en funcionamiento durante cinco siglos.
Yo callaba, pues me interesaba mucho más el habitante del pasadizo que cualquier posible explicación técnica sobre el mismo. El bloque de piedra detuvo al fin su marcha, dejando al descubierto un espacio cúbico regular tamaño. En el suelo del mismo se abría una trampilla, mostrando el comienzo de una escalera descendiente.
–Muy ingenioso –dijo Patterson–, cuando el bloque macizo de piedra está en su puesto, nadie podrá jamás detectar un espacio vacío en la pared, por su mismo grosor. Bueno, vamos abajo.
Hicimos incidir la luz a través de la trampilla, descubriendo una interminable cantidad de peldaños que se hundían hasta las tinieblas. No logramos escuchar ningún ruido procedente de aquellas negras profundidades. Lleno de aprensión, comprobé que todos aquellos peldaños aparecían cubiertos por la misma extraña sustancia que advirtiéramos en el círculo de la chimenea.
–Aquí está el segundo botón de apertura –indicó Patterson señalando a un círculo sobresaliente de la pared e igualmente cubierto de líquido burbujeante–. Si el pasadizo se cerrara, desde aquí podríamos abrirlo... a menos, claro está, que alguien cerrase también el segundo círculo de la chimenea.
La idea no me hizo ninguna gracia, pero no le dije nada. En silencio iniciamos el descenso, descubriendo más y más peldaños a medida que dejábamos atrás los primeros.
–Estamos descendiendo a las profundidades de la tierra –comentó Pattersonal cabo de un rato–. Posiblemente este subterráneo sea aún más antiguo que el castillo. Como ves está abierto en la roca viva.
Continuábamos descendiendo, precedidos por el poderoso chorro de luz de linterna. El líquido que cubría los peldaños no era resbaladizo, afortunadamente, antes bien se adhería un tanto a las suelas de los zapatos. El misterioso habitante de las profundidades no daba señal alguna de vida, quizás intimidado por la luz de que éramos portadores.
Finalmente, cuando ya había llegado a perder la noción del tiempo que llevábamos descendiendo, la escalera llegó a su fin y ante nosotros apareció una entreabierta puerta metálica, grabada con extraños símbolos.
–Atención –advirtió Patterson, enfocando la linterna.
Extendió la pierna y empujó la puerta con la punta del pie. Sonó un chirrido de protesta y la puerta se abrió del todo, sin que nadie ni nada saltara sobre nosotros desde el otro lado.
Nos hallábamos en un amplio cuarto de forma pentagonal, con dos de los lados

cubiertos por sendas puertas (una de ellas aquella por la que habíamos entrado) y los otros tres ocupados por viejas estanterías de libros. El suelo estaba cubierto de curiosos símbolos esotéricos, pentágonos y espirales alterando con círculos y estrellas, todo ello de los más diversos colores.

–Este debe ser el laboratorio de la Bruja –susurró Patterson–. Lo que perseguimos debe hallarse tras esa otra puerta. ¡Preparado!

Apunté simultáneamente con la escopeta y la linterna, mientras él abría súbitamente la puerta. Per fue grande nuestra sorpresa al comprobar que aquella era sólo la puerta de un armario donde se agolpaban los más extraños trajes rituales, la mayoría muy maltratados por el tiempo.

–¡Diablos! –gruñó Patterson–. ¿En dónde se habrá metido?

–¿Y si pudiera desmaterializarse? –apunté–. No sabemos nada de sus características.

–Si pudiera desmaterializarse ¿crees tú que la puerta de piedra de arriba le hubiera retenido encerrado aquí durante quinientos años? No, la explicación debe ser otra. En esta cámara debe de haber un pasadizo secreto. Busquémoslo.

Dejando la lin5terna en el suelo, junto con la lámpara de petróleo, empecé a buscar tras las estanterías, quitando uno a uno los libros en demanda de un resorte que nos abriera el deseado camino. Hasta unos minutos después no me di cuenta del contenido de los viejos tomos, y entonces me estremecí.

Algunos de ellos me eran por completo desconocidos, pero otros me recordaban demasiado bien ciertas cosas que había descubierto durante mis investigaciones de las leyendas europeas. No faltaban los «Misterios del Gran Copto», recopilados por Moshe Ben Zachar, ni el sacrílego «Umbral Prohibido» del sacerdote excomulgado Fredric Van Der Tablus, ni tampoco el llamado «Clavícula de los Mundos Inferiores», cuyo autor no es conocido ni quizá siquiera humano, de creer algunos recopiladores posteriores. En el fondo de la última estantería hallé al más espantoso de todos, el temible libro escrito por un loco en los desiertos arenales de Arabia, del que se decía que quien llegara a descifrarlo por completo tendría el poder de desarraigar los cimientos del Universo entero y proclamarse igual a los antiguos dioses. Empecé a comprender lo que aquella diabólica «lady» Farlight había desencadenado desde aquel subterráneo prohibido.

Un chistido me llamó la atención y en el acto me olvidé de los libros. Con un dedo en los labios, Patterson me indicaba con el revólver la puerta de lo que habíamos tomado por un armario.

Un extraño rumor llegaba del interior, como si los carcomidos trajes y túnicas rituales se hubieran puesto por sí solos en movimiento y batiesen los unos contra los otros, rozándose y golpeándose entre sí.

¡Dios de los cielos! En aquel mismo instante recordé las palabras de la loca: «¿No oyes como un rumor de ropas moviéndose?». «Lady» Campbell había llegado al lugar donde nos hallábamos nosotros, había escuchado el mismo sonido que llegaba ahora a nuestros oídos y, en el instante siguiente, el espanto le había privado de la razón.

–Es el armario –murmuró Patterson. El pasadizo debe abrirse a partir de su fondo. Esa peste del infierno está ahora al otro lado de la puerta.

Apenas cesó de hablar, el silencio se hizo también en el interior del armario. Silenciosamente me forcé a avanzar hasta la puerta, mientras tendía a Patterson la escopeta. Mi amigo, tras un momento de duda, enfundó el revólver y apuntó la linterna y escopeta hacia la puerta.

–¡Ahora!

De un salvaje tiró abrí la puerta del armario. En el instante siguiente esperé el estruendo del escopetazo, pero éste no llegó. Le sustituyó un rotundo juramente de mi amigo.
–¡Otra vez se nos ha escapado! Pero ahora sabemos donde encontrarle.
–¡Vamos, estamos llegando al final! –exclamó Patterson, lanzándome a través de la abertura, precedido por el rayo de su linterna y el cañón de su revólver.
Le seguí y así fue como nos encontramos en una nueva sala, abierta en roca viva. Montones de objetos heterogéneos recubrían el suelo. La luz de la linterna descubrió un extraño recipiente de madera teñido de siniestro color rojo, un cubo de piedra grabado con símbolos serpentiformes, los huesos y la calavera de una animal pequeño, posiblemente un gato... luego, para mi inquietud, una cuna infantil a la que alguien había quitado parte de la cabecera y casi toda la mitad inferior.
Pero nada vivo aparecía ante nuestra vista.
–Rayos, ya me está cansando esta juego del escondite! –restalló Patterson, jugueteando nerviosamente con el revólver–. ¿Dónde se ha metido ahora ese maldito ser? ¿Por dónde habrá escapado?
Por ninguna parte hubiera podido hacerlo, al parecer. El fondo de la sala era igualmente en roca viva, sin posibilidad de ningún pasadizo ni túnel oculto. Aquel era el final y el extraño morador de las tinieblas se había esfumado...
La mano de Patterson cayó sobre mi brazo, atenazándolo con terrible fuerza.
–¿Qué...? –empecé.
–¡Sssssh! –chistó mi amigo. Su mano se sacudía en temblores espasmódicos.
Me volví hacia él y estuve a punto de gritar, tal era el aspecto de su rostro. Desencajado y palidísimo, con los ojos terriblemente abiertos y la mandíbula temblando inconteniblemente. Su respiración era sobresaltada y vi sus nudillos blanquear sobre mi brazo.
–No-hables-ni-hagas-ningún-movimiento-brusco –susurró con un murmullo apenas audible–. Vamos hacia la puerta, despacio, muy despacio, muy despacio...
Evidentemente algo terrible le había ocurrido a mi amigo, si bien yo no advertía ningún movimiento hostil a nuestro alrededor. Empecé a moverme lentamente hacia la puerta, sin soltar la lámpara de petróleo ni la escopeta.
–Calma, Phil, mucha calma –continuaba el susurro a mi lado–. Y sobre todo no mires hacia el techo.
Aquella insinuación final me puso la carne de gallina. Hubiera salido corriendo con toda la velocidad de mis piernas, pero la garra de Patterson sobre mi brazo ahora me inmovilizaba. El techo... el techo... debía luchar con toda la fuerza de mi voluntad para que mis ojos no se alzaran hacia allí.
Paso a paso, en el recorrido más argo de mi vida, la puerta se fue acercando. Finalmente Patterson saltó, arrastrándome con él a través del armario, y luego cerró en lo que pareció un solo movimiento la puerta y el fondo de éste. No quiero recordar el ruido indescriptible que oí o creí oír en aquel mismo momento a otro lado.
Patterson parecía afectado por un ataque de epilepsia. Todo su ser se movía y trepidaba mientras gritaba frases incongruentes.
–¡Oh Dios, Dios, Dios! ¿Por qué permites que tales cosas existan en tu Reino? Esos... esos ojos hambrientos y esos ángulos... ¡Oh, Señor, los ángulos por donde corre la vida...! No, no, no... ¡no! Tales cosas no pueden... no deben... Dios, querido Dios...
Hube de sacudirle fuertemente para que mostrara un mínimo de cordura.

–¿Qué es lo que has visto? ¡Respóndeme, Sam! –de nuevo le sacudí con todas mis fuerzas.
–Ah, Phil –exclamó entonces como si por fin me reconociera–. Eso es... es... no puedo describirlo porque es indescriptible. La abobinación última, la blasfemia hecha carne... si es que eso está compuesto de carne...
–Debemos destruirlo –le recordé sus anteriores palabras de allá arriba, en el salón del castillo que ahora aparecía lejanísmo.
–¿Destruirlo? –y Patterson sonrió horriblemente–. ¿Qué arma construida por hombres puede siquiera dañar a un... un ser como éste. Tan sólo la luz lo detiene, por suerte para nosotros.
Recorrió con la mirada la cámara mágica en que nos encontrábamos.
–Es preciso cegar por entero esta cámara y la escalera que lleva al castillo con cemento armado... algo que le entierre aquí para siempre, que le haga inofensivo para el mundo...
De pronto Patterson se interrumpió y un nuevo terro apareció en su mirada.
–¡Phil! –exclamó–. ¡La luz!
Sólo entonces me di cuenta de que la luz había disminuído en la cámara. Inexplicablemente la lámpara de petróleo iba dejando de arder, en tanto que la luminosidad de la linterna se debilitaba.
–¡Dios bendito! –exclamó Patterson–. Es él... es otro poder que tiene... ¡Huyamos de aquí o estamos perdidos!
Pero apenas nos volvimos hacia la puerta metálica de salida, las dos luces se apagaron. Y los dos pudimos oír el formidable crujido de la puerta del armario al saltar en pedazos.
Fue un instante de completa locura, en el que ambos nos lanzamos hacia la puerta, en medio de la oscuridad. Algo se arrolló en mis tobillos y no pude evitar lanzar un grito, un alarido de pánico, hasta que descubrí que el obstáculo no era otra cosa que los vestidos rituales amontonados en el centro de la cámara. Me deshice de ellos fácilmente, escuchando rasgarse la tela podrida y, en el segundo siguiente mis manos tentaban la puerta metálica y podía escuchar el conocido chirrido que me pareció uno de los sonidos más hermosos que jamás oyera.
Luego el frenético escalar, con toda la rapidez que mis piernas me permitían, lanzado hacia arriba por la interminable escalera, sabiendo a Patterson ante mí y a... aquella cosa espantable pisándome los talones. Escaleras arriba, siempre escaleras arriba, en la oscuridad, temiendo en cualquier momento resbalar y caer sobre nuestro espantoso perseguidor, los pies chasqueando contra el fluido que empapaba los peldaños... arriba, siempre arriba.
¡Cómo comprendí entonces las dementes palabras de «lady» Campbell! «¿Cuántos escalones quedan? ¿Cuántos escalones quedan?», recuerdos sin duda de su propia huida por aquellas mismas escaleras con la bestia de las tinieblas tras ella. ¿Cuántos escalones quedan?: se preguntaba ahora mi propia mente, luchando contra las oleadas de locura que la asaltaban. ¿Cuántos escalones hasta el mundo de los seres humanos?
De pronto sentí un terrible frío, como un vaho de hielo en los tobillos, algo que me dijo que el monstruo estaba detrás mismo de mí, que en el segundo siguiente me atraparía sin remisión. En un movimiento reflejo, impensado, alcé la escopeta e hice fuego hacia donde suponía que se hallaba mi perseguidor.
El trueno fue ensordecedor en el reducido túnel, en tanto que el terrible fogonazo me deslumbraba, dejando en mis pupilas miles de lucecitas de colores. Nada pude ver allá abajo, pero de un modo indeterminado sentí que había rechazado a la

bestia, que ésta retrocedía hacia abajo.
–¡Bien hecho! –aprobó la voz de Patterson, allá arriba–. Los disparos de arma de fuego son inútiles, pero es la luz del fogonazo lo que le ha obligado a retroceder. ¡Pronto, sigue subiendo! No tardará en volver a la carga.
Continué la loca carrera hacia arriba, mientras pugnaba por volver a introducir un cartucho en el cañón descargado de la escopeta. Arriba, corriendo, saltando de peldaño en peldaño... En circunstancias normales tal subida me habría agotado, pero ahora todo mi cuerpo se hallaba galvanizado por el pánico, y las energías musculares parecían infinitas.
Un ruido sordo y reptante me llegó de las profundidades. La bestia avanzaba de nuevo. Apunté hacia abajo y accioné de nuevo el gatillo. ¡Nada se produjo! ¡El monstruo había conseguido neutralizar aquella nueva fuente de luz del mismo modo que inutilizara las anteriores!
Seguí subiendo, redoblando la velocidad, aunque nunca logré alcanzar a Patterson. Un nuevo pánico aparecía ahora en mi espíritu. ¿Y si por alguna circunstancia el pasadizo había sido cerrado? Sería todo demasiado rápido para darse cuenta. Patterson tropezaría con la piedra y yo tropezaría con Pattersn... y en el instante siguiente todo terminaría para nosotros.
Pero la boca del pasadizo estaba abierta. Noté que acababa la escalera cuando mi pie, buscando un nuevo peldaño, halló el vacío y estuvo a punto de caer por tierra. Tanteé la fría pared de piedra del hueco y al momento estuve corriendo por el oscuro salón del castillo.
–¡La puerta! –grité–. ¿Dónde está la puerta?
Y entonces escuché el rugido de Patterson, en el mismo momento en que tropezaba con un mueble y rodaba por el suelo. Mi amigo se había lanzado contra las cortinas, cayendo por tierra envuelto en ellas... ¡y el maravilloso sol del mediodía penetró a raudales por el salón, como una bofetada de luz y calor!
Juro que no sé bien lo que vi. La cosa sea lo que fuere se precipitaba fuera del pasadizo cuando la luz del sol la alcanzó. Hubo un sobrenatural chirrido y luego una tremenda explosión como la de una bomba, que arrasó completamente el salón. Tan rápida fue la desintegración de la criatura infernal que ni tuve tiempo de advertir su forma, aunque mi subconsciente sí lo hizo, y por ello me lanzó al mismo borde de la locura. Un irresistible calor quemó mis pestañas y mis cejas, en tanto que rodaba desesperadamente hacia la ventana que era la única promesa de salvación. La materia incandescente que había sido el subterráneo ser fluía ahora escaleras abajo, y la roca se fundía en lava a su paso, obturando y destruyendo para siempre la escalera interminable y las dos cámaras malditas de allá abajo, con todos sus espantos y los diabólicos libros de una ciencia blasfema y prohibida.
Luego el calor disminuyó de pronto, en tanto que un trueno subterráneo anunciaba el definitivo fin de todo lo que la Bruja de Magson había creado.
Fue mucho después cuando pude hablar a solas con Patterson, después de que muchas heridas físicas y mentales fueran curadas, aunque otras subsistirían tanto como nuestras vidas.
–¿Entonces era eso? –le pregunté–. ¿Era el ser que «lady Farlight» había invocado desde las otras esferas para convertirle en su aliado y su amante?
Pero Patterson negó, cansadamente.
–No, no era aquel ser que los antiguos «highlanders» tomaron por el diablo. Aquel ser desapareció por donde había venido, pero dejó algo de su esencia en nuestro mundo humano.
«¿No recuerdas aquella cunita roja, en la segunda cámara de los subterráneos,

donde el ser acechaba? Una cuna a la que alguien había deformado para que se adaptara a la deformidad total que debía acoger...»

«No, amigo Phil, el ente con el que combatimos era otra cosa, y parte de su ser era puramente humano. Era el hijo bastardo que «lady Farlight» concibió de su amanate infernal, y que aguardó quinientos años junto a la cuna para vengar la ejecución de su madre».